



Ayotzinapa y las nuevas tecnologías de tortura psicológica:

¿Qué hace la psicología?

Mg Edgar Barrero Cuellar. Director Cátedra Libre Martín-Baró

Ayotzinapa y las nuevas tecnologías de tortura psicológica:

¿Qué hace la psicología?

Mg Edgar Barrero Cuellar

Director Cátedra Libre Martín-Baró

Hace pocos días estuvimos en México psicólogos y psicólogas de toda Latinoamérica. Se realizaba el tercer congreso de Alfepsi en Ixtlahuaca. Al inicio hubo muchas manifestaciones de repudio y condena a los atroces hechos de Ayotzinapa. Casi todos los que intervenimos en el acto de apertura llamamos la atención sobre la necesidad de construir una psicología comprometida con la paz y los derechos humanos de nuestros pueblos. En concreto llamamos la atención sobre la necesidad de cerrar filas frente a este tipo de crueldades en los que la propia policía estatal sometía y entregaba en estado de indefensión a jóvenes estudiantes a grupos de matones a sueldo. También exigimos que los jóvenes desaparecidos forzosamente por la policía estatal de México, fueran regresados a sus hogares.

Hoy desde la distancia nos llegan noticias aterradoras. El propio procurador general de la república anuncia la forma como supuestamente fueron asesinados los 43 jóvenes y sus cuerpos desaparecidos mediante métodos que escapan a cualquier forma de racionalización humana después de los horrores de la trágica experiencia nazi y más recientemente, luego del descarado y brutal genocidio contra el pueblo palestino.

Ya en Colombia, un viejo amigo¹ fundador de la Unión Patriótica - partido político sometido a un genocidio político en el que han sido asesinados más de cinco mil de sus militantes- , me llama y me pregunta: ¿Por qué no ha escrito nada con relación a mis compañeros normalistas de México que acaban de decir que fueron brutalmente asesinados? Y me recuerda: no se nos puede olvidar que así nos sucedió en Colombia hasta que fueron acostumbrando a nuestra

¹ Ese amigo se llama Sebastián González, quien después de muchos años de lucha ha logrado que se le devuelva la personería jurídica a la Unión Patriótica, la cual había sido cruelmente confiscada por el gobierno colombiano, como una forma más de atrocidad del genocidio político con el que se quiso exterminar a la UP.



sociedad a ver normales las masacres, los asesinatos selectivos y la desaparición forzada.

Le respondí: además del sentimiento de rabia e impotencia, sólo me queda el silencio. Me quede sin palabras ante la constatación de semejante atrocidad y ante el cinismo absoluto del gobierno mexicano que anunciaba justicia al momento de describir inhumanamente el ritual de guerra con que fueron detenidos, desaparecidos, asesinados y nuevamente desaparecidos los estudiantes.

El crudo y frío relato del procurador mexicano tenía esa intención: generar un estado masivo de impotencia frente a la constatación del horror. Detrás de esa aparente diligencia y compromiso con la investigación se encuentra toda una estrategia de guerra psicológica a través de la instalación del miedo social y de la prolongación del dolor colectivo a niveles inimaginables.

Las tecnologías sutiles de la desaparición forzada cumplen esa función de disfrute de un grupo humano sobre otro que se encuentra en situación de desventaja y sometimiento. Sólo que dicha estética de lo atroz se vuelve mucho más compleja cuando es ejecutada como política estatal, tal como sucede con el genocidio político contra la Unión Patriótica en Colombia, la masacre contra el pueblo palestino que no cesa todavía y la reciente detención y desaparición de estudiantes en México.

Detrás de las promesas de encontrar y juzgar a los culpables de estas atrocidades se esconde siempre una sofisticada maquinaria de guerra psicológica que inculca la desesperanza y el fatalismo en los sectores sociales más conscientes políticamente y la indiferencia y la naturalización de lo atroz en las mayorías embrutecidas por medio de la gran industria de la comunicación masiva.

El arte de la sutilidad y la banalización son tan imperceptibles que se quita la responsabilidad de lo sucedido al gobierno y se coloca en manos de la delincuencia común. Lavarse las manos sin inmutarse por el dolor de tantas familias aumenta más el dolor de las víctimas y el placer en quien ordena, financia, ejecuta y encubre la masacre. No me cabe duda que la élite disfruta la atrocidad en cualquiera de sus manifestaciones. De lo contrario la evitaría.

Cómo también evitaría desviar la atención sobre la gravedad de estos hechos con montajes y manipulaciones de toda clase. Al contrario, lo que hace es colocar todo el aparato estatal en función de estrategias de entre-tenimiento y distracción masiva. Como si el pueblo fuera tan tonto para no entender lo que sucede y se le quiere ocultar. Pero el juego se mantiene a pesar del miedo que se siente de ese pueblo cuando se indigna y reclama verdad, justicia y reparación.



Por ello siempre se recurre a las ciencias sociales y humanas para tejer dispositivos que eviten el levantamiento social. La comunicación social, la publicidad, la antropología social, la sociología, la filosofía y la psicología -entre muchas otras- colocan su saber al servicio de las manos ensangrentadas del establecimiento asesino.

Aunque cabe reconocer que también se encuentra la otra opción: las ciencias sociales y humanas que se ponen del lado de las víctimas decididamente y sin ningún tipo de ambivalencias. Pero no basta con denunciar la atrocidad de algunos gobiernos de extrema derecha, sino que es necesario transitar hacia la acción política colectiva y organizada si queremos detener la atrocidad y el veneno psicológico que la sostiene en varios países de nuestra América.

Para el caso concreto de la psicología nos vemos abocados a una realidad de violencia política de tal magnitud, que ya se agotaron las excusas epistemológicas, teóricas, metodológicas y fundamentalmente éticas para no comprometerse con las grandes mayorías victimizadas y torturadas de distinta forma. Una psicología que históricamente ha guardado silencio frente a las atrocidades de estas élites, está llamada a desaparecer y dar el paso a las nuevas generaciones de psicólogos y psicólogas dispuestos a jugar papeles mucho más conscientes social y políticamente.

Lo sucedido con los estudiantes mexicanos es inaceptable y la psicología latinoamericana se tiene que movilizar en torno a las familias de las víctimas. No basta con comunicados de solidaridad. Es urgente buscar formas de coordinación de acciones desde lo que decimos que somos. De lo contrario, el fascismo seguirá haciendo de las suyas en nuestros territorios y estaremos sometidos a no sé cuántos años más de soledad e impunidad.

Las nuevas tecnologías de tortura física, psicológica y social que se pusieron en marcha en torno a la detención, asesinato y desaparición de jóvenes indefensos en México, son apenas la punta del iceberg de lo que está dispuesta a hacer la ultraderecha en América Latina para no perder el poder de dominación y sometimiento de estos territorios. Otra muestra reciente de ello fue el llamado de la derecha a la restauración de la dictadura en el Brasil, tan pronto se supo que Dilma había ganado las elecciones.

Frente a estas nuevas tecnologías del horror nuestra psicología latinoamericana es clara y contundente: No nos pondremos del lado de los masacradores de nuestros pueblos. Estamos junto al pueblo que resiste y construye formas dignas de existencia material, psicológica y espiritual.

Por ello la psicología latinoamericana ha ratificado su compromiso con la paz y la democracia en el continente latinoamericano.